

XXII.

OTRO RAMILLETE MORTAL.

Se llamó á la reja del castillo. Violeta sintió el presentimiento de que llegaba una mala nueva, sin duda porque el ruido de la campana la arrancaba de su sueño.

Dos minutos despues, un criado entraba trayendo un magnífico ramillete en una mano, y una carta en una bandeja de plata.

—Para mí? preguntó Violeta. Esto me lo envia, sin duda, la señorita de la Chastaigneraye.

—Puede ser, dijo Octavio; pero antes de que esteis cierta de ello, no respireis esas flores: siempre temo las rosas de Tonnerre.

Violeta dió orden al criado, para que encendiese las bugias.

Mientras el duque de Parisis contemplaba, lleno de desconfianza, el ramillete, un magnífico ramillete compuesto de flores simbólicas, Violeta daba entre sus manos, vueltas á la carta, diciendo:

—Esta no es letra de Genoveva.

Y entregó la carta á Octavio.

Iba á llamar; pero Octavio la detuvo.

—Aguardad, dijo; no estamos un Paris: no vayais á entristecer á alguna vecina del castillo ó á algun corazon agradecido, pues, me consta que habeis hecho el bien en la comarca.

—Pero en el sello se vé un blason.

—Esto consiste en que ese pequeño rincon de la Francia está bien habitado.

Violeta obedeció.

—Si no estuviessis aquí, dijo, os juro que yo no leería esta carta.

Leyó con rapidez las primeras frases y la firma.

—Leed! dijo palideciendo.

Y echó la carta á Octavio que la recogió tirando el ramillete.

En seguida leyó este hermoso cumplido:

«Mi querida Violeta de Parma y de Plasencia.

»Juzgad de mi buena fortuna! Compro un castillo que está fronterizo al de Pernand y hé ahí que vos habitais el de Pernand! Yo que tenia miedo de aburrirme! Con una vecina cual vos me voy á convertir en borgoñon. Os envio un ramillete cojido por mí mismo: es lo mas escogido del jardin. Si conoceis el lenguaje de las flores, ya juzgareis de mi elocuencia. Cuando cenaremos juntos? Pues, en fin, es necesario que os dé entre once y doce de la noche uno de esos banquetes que vos nos dabais, al príncipe y á sus

amigos, con todas las gracias de una mujer que sabe lo que es la vida.

»Os beso los piés y la mano.

»EL MARQUÉS D'HARCIGNIES.»

Octavio reprimió su furor.

—Violeta! dijo con gravedad, cada frase de esta carta entrará con mi espada en el cuerpo de ese animal. Guardo la carta. Mañana á las ocho no escribirá con la misma mano, ó si escribe no será á vos. Ni una palabra mas de esto.

En aquel momento el criado entró para decir que el mensajero del marqués aguardaba la respuesta.

—La respuesta! dijo Octavio, conteniendo apenas su cólera, el duque de Parisis, la dará al marqués antes de una hora.

El criado salió sin comprender muy bien.

—Ya veis, Octavio, dijo con tristeza Violeta, que para mí todo ha concluido. Doy gracias á Dios por haberme abierto durante algunos minutos esa puerta del paraíso donde os he encontrado; pero este es mi último instante. Por lo demás, creedlo, una vez fuera de esta embriaguez volveré á mi idea de siempre: es necesario que os caseis con Genoveva.

—Es necesario que os vengue: hé aquí mi único deseo. Se me ha dicho que el príncipe estaba en casa del marqués: así le servirá de testigo. Quiero que el príncipe diga la verdad en voz alta ante el marqués

y ante mis testigos: es necesario que jure que jamás ha sido vuestro amante.

La señora de Entraygues y Jacinta entraron. Violeta rogó á su jóven amiga que se sentase al piano.

—Oh! que ramillete tan hermoso! exclamó la condesa inclinándose para recoger las flores simbólicas del marqués de Harcignies.

—Chist! interrumpió Octavio, dando un puntapié al ramillete; estas flores se hallan envenenadas.

—Flores envenenadas!

—Sí, dijo Violeta. Recordais el ramillete de rosas que estuvo á punto de matar á Genoveva. Pues bien, en aquellas flores habia menos veneno que el que hay en estas que veis en la alfombra.

Jacinta, alegre por haber dado un paseo con Aliza, hacia resonar en el piano aires de Offenbach, el maestro de lo imprevisto, que traduce á veces en francés el génio satírico de Henri Heine.

Cuando Octavio volvió á Parisis dijo á Monjoyeux y á Saint-Aymour que al siguiente día celebraría un duelo á las ocho de la mañana.

Cató la historia del ramillete simbólico.

Saint-Aymour y Monjoyeux fueron á casa del marqués para exigirle una carta dando satisfaccion. Pero d'Harcignies, despues de haber cogido la pluma, la tró diciendo:

—Pre'ero batirme!

Al siguiente dia, á las ocho, como Octavio habia dicho, el marqués de Harcignies pagaba cruelmente

sus impertinencias, que, por otra parte, eran muy naturales. Pero en este mundo hay siempre alguien que paga las deudas de los otros. Octavio, creyendo herir en la mano, hirió en el corazón.

El príncipe cogió á su amigo en sus brazos y dijo con amargura que no habia motivo bastante para matar así á un hombre honrado. Octavio se puso furioso.

—Lo habia olvidado! dijo. Ahora mismo vais á decir la verdad, y vais á decirla ante esta sangre vertida. Decid que la señorita Pernand, mi prima, la que se llamaba Violeta cuando representaba su comedia, no fué nunca vuestra amante.

El príncipe era valiente como el marqués y no quiso anunciar esto.

—Caballero! dijo, no recibo anuncios mas que de mis ugières, y aun estos se detienen en frente de mi puerta. Hé aquí porque no quiero contestaros.

Y al decir estas frases el príncipe cogió la espada del marqués, ya toda manchada en sangre.

—Pues bien, ya que teneis una espada seré mas exigente. No dejaré el terreno sin que hayais delarado la verdad. Pero ahora mismo os retractarís de vuestras frases de que «no habia motivo para matar al marqués.»

—Ante todo, observó uno de los testigos, declaro que el príncipe solo tiene un testigo, y que vos no podeis batiros.

Monjoyeux tomó la palabra.

—Nada tiene que hacer el señor de Pasis de dos

testigos. Si el príncipe los necesita, héme aquí. El príncipe es demasiado buen príncipe para rechazar-me á causa de mi nacimiento: mi padre fué traperero; mas vivió como hombre libre, y esto por si solo constituye un título de nobleza. Y además de esto: si todos no salimos de las Cruzadas, en cambio todos salimos del arca de Noé.

—Es cierto, caballero, dijo el príncipe. Sed, á un mismo tiempo, testigo del señor de Parisis y mio.

Monjoyeux se entendió con los otros testigos.

En el momento de ponerse en guardia, el príncipe dijo con voz muy acentuada:

—Mi primera idea consistió en no responder al señor de Parisis sino despues de verificado este duelo; mas posee tanto el golpe del corazón, que podria cortarme la palabra. No haré, pues, cumplidos para decir que yo no fuí nunca el amante de la señorita Violeta de Parma. Ahora diré siempre que no hay motivo para matar á un hombre, por mas que este haya hablado mal de una mujer.

—Y bien, dijo Parisis, tirando su espada; esto me basta. Yo no he venido aquí para vengar la mujer, sino para vengar una mujer. Gavarni ha dicho: «No se bate uno á causa de una mujer: se bate contra alguien y por sí mismo.» Gavarni no tiene ahora razon: yo no he querido batirme contra alguien ni por mí; me he batido á causa de una mujer.

Se dejaron con tristeza pero sin rencor. Octavio manifestó su dolor con verdadera nobleza.

Había querido herir y no matar.

La muerte del marqués de Harcignies no reconfortó á Violeta, ni tampoco la reconfortó la declaración del príncipe.

Cuando la opinion pública ha herido una mujer, esta mujer, aunque sea una santa, no vuelve á recobrar su salud, pues no hay médico bastante hábil que pueda curar su mortal herida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. 1880"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIII.

DONDE HABIA IDO VIOLETA.

La muerte del marqués de Harcignies metió gran ruido y despertó todas las curiosidades aletargadas que volvian á abrir los ojos para mirar á Violeta. Esto fué, pues, para ella un dolor nuevo. Sin embargo, como Parisis habia dicho en alta voz que no permitiría que nadie hablase mal de ella, quizá se hubiese indemnizado de aquel rumor que á consecuencia del desafío hubo de turbar su soledad.

Mas la pobre jóven debia ser eternamente perseguida por los recuerdos que habia dejado su vida de cortesana.

Apenas habian transcurrido algunas semanas; la condesa de Entraygues que habia vuelto á París, la escribía hermosas cartas animándola á que siguiese en su retiro, y pidiéndola para un tiempo no lejano un pabellon en el castillo. Jacinta estaba siempre allí con sus consuelos, simpática á sus dolores, simpática á sus esperanzas, y negando las penas del corazón, con la hermosa sonrisa de aquellas que no han amado.

Cierta mañana se esparció el rumor de que Pernand había adquirido un joven médico. Hasta entonces se había necesitado andar dos leguas para curar una jaqueca.

—Siempre es una persona mas, dijo Jacinta.

—Sí, dijo Violeta, pero si caigo enferma ya sabeis que no quiero ver el rostro de un médico.

En aquel día las dos jóvenes, muy ocupadas en hacer conserva de fresas, no hablaron mas del recién llegado; pero hacia las tres se las anunció que el doctor Pierrefitte! suplicaba el honor de ser recibido por la señorita de Pernand.

—Pierrefitte! dijo Violeta.

Sintió como un golpe en el corazón. Este nombre le recordaba un joven que había cenado con ella en el Café Inglés, en compañía de otros amigos y amigas.

Era uno de estos estudiantes amantes de la vida, por la misma razón de que ven la muerte tan cerca, que cruzaba todas las noches el Sena, para tomar su parte en el movimiento de los boulevares, en los cafés á la moda, en los conciertos de los Campos Elíseos, en los bailes de Mabille y en las cenas de la Casa de Oro, cuando su bolsa lo permitía.

Quizá se habría tenido que hacer médico de aldea porque había cenado con frecuencia.

Violeta recordaba el apellido Pierrefitte, porque la charla del estudiante divertía á todo el mundo.

No dudó un instante de que el nuevo médico era aquel Pierrefitte.

—Contestad que no recibo, dijo Violeta al criado.

Fué un contratiempo para Pierrefitte, puesto que ya hubiese hallado mas hermosa que antes, en la gran cocina del castillo, con los brazos desnudos, y las manos coloradas por las fresas; indudablemente que Pierrefitte no hubiera tenido el buen gusto de no reconocerla. Se marchó, evocando, á no dudarlo, las hermosas imágenes de París. Violeta resolvió no dejarse ver nunca por aquel hombre.

Pero, al siguiente día volvió á presentarse, después al otro, después todos los días de la semana. En vano se le dijo que la señora no recibía: el médico insistía, diciendo que quería ser recibido.

Que podía hacer una mujer contra tal tiranía?

—Ah! exclamó Violeta; si Octavio estuviese aquí!.

Mas Octavio no podía estar siempre allí para despachar uno tras otro, todos los testigos de sus locuras.

—Mi querida Jacinta, dijo á su amiga; veo que para mí todo ha concluido. Había jurado no poner los piés en París, me creía olvidada en esta soledad; pero siempre que la esperanza renace en mi corazón, una mano brutal corta la flor, y termina por arrancarla. Mi corazón mana sangre, y el dolor me mata. No os extrañéis de nada si algún día no me veis mas.

Jacinta besó á Violeta y quiso hacerla recobrar su antigua alegría; pero comenzó á desesperar de su amiga. En vano la tocaba sus aires mas queridos, en vano la arrastraba á los mas animados paseos; Viole-

ta parecia estraña á todo, hasta á la amistad de aquella hermosa y buena criatura que Dios habia puesto en su camino como el ángel de la guarda.

—Si tuviéseis un gran dolor, que muerte elegiriais? la preguntó un dia Violeta.

—Vaya una pregunta! exclamó Jacinta. Si tenia un gran dolor lloraria mucho, y procuraria consolarme, porque Dios consuela á todos los corazones de buena voluntad.

Violeta entregada por completo á sus ideas, no escuchaba estas frases tan bellas.

—Yo, dijo, me disparé un revolver y la muerte no me quiso. En mi cárcel permanecí tres dias sin comer; pero el valor mas grande que existe, es el de dejarse morir de hambre. Veinte veces he apoyado el puñal contra mi seno, y el puñal siempre me ha caido de las manos. El acero y la sangre me asustan. Tengo un pudor rebelde que me priva de echarme al agua, porque seria desnudada por los primeros que me encontrasen. Ah! si una se pudiese enterrar á sí misma!

—Vos me asustais, observó Jacinta: me asustais con este estudio que estais haciendo de la muerte. Yo, yo comprendo que una mujer se tire de la ventana, en un momento de desesperacion, porque no es dueña de sí propia.

—Hay tambien el veneno, dijo Violeta, pero no quiero envenenarme.

Se habia puesto silenciosa; pensaba en su madre.

—Afortunadamente, dijo Jacinta, Dios os tiene de la mano, y os impedirá hacer locuras.

Violeta apretó con dulzura la mano de su amiga.

—Y sin embargo, tengo la seguridad de que si yo no estuviese aquí, Octavio se casaria con Genoveva. Soy desgraciada, é impido la felicidad de los que mas amo.

Por la noche, á las once, mientras Jacinta dormia profundamente, Violeta dejó el castillo, y no se la vió mas en él.

He aquí el billetito que dejó para su amiga:

«Adios: no os veré nunca mas. Casaos y aceptad como un recuerdo mio, el anillo que encontréis hermoso, y que debia haberos ya dado. Aceptad igualmente cien mil francos de dote que os entregará mi notario el dia de vuestro enlace. Hasta este dia vivid con la señorita de la Chastaigneraye.

»Que hermosa es la virtud! Acabo de veros dormir: yo no gozaré de este sueño, sino con la muerte. Y aun no gozaré de vuestros sueños. Adios por última vez. Os abraza

»VIOLETA.»

Donde habia ido Violeta? Tanto á la señorita Jacinta como á la señorita de la Chastaigneraye les fué imposible encontrar sus huellas. Se envió un telegrama á Octavio, el cual buscó todo Paris en vano.

Para él, para Genoveva y para Jacinta, aquello fué una desesperacion indescribible.

—Soy yo quien debia partir la primera! dijo la señorita de la Chastaigneraye.

Pero la marquesa de Fontainelles, al mismo tiempo que la preparaba una celda en la Abadía del Bosque, la habia dicho que la aguardase en Champauvert. Quería contemporizar, aguardando siempre á que la decidiera á casarse con Octavio.

XXIV.

LA MARQUESA DANAE.

Las bacantes se tendian sobre pámpanos; las cortesanas griegas sobre lechos de rosa; una gran señora de nuestra época sobre perlas: Os contaré la historia de una enemiga de Octavio de Parisis, la marquesa de Faranges, conocida por la marquesa Danae que se tendia sobre el oro con febril voluptuosidad.

Es necesario primero, que os hable de una tertulia que se celebraba todos los lunes en una casa de la plaza de Vendome, no léjos del ministerio de Justicia. La tertulia empezaba á las siete en punto, al rededor de una mesa servida con mas profusion que verdadero lujo.

Los tertulianos pertenecian á la mejor sociedad del gran mundo y del medio mundo. No se hablaba precisamente el lenguaje de Luis XIV ni el del Señor de San Víctor, pero la jerga no era aun oficialmente reconocida por la moda. La presidenta ó señora de la casa, no tenia mas que treinta y seis años, por mas que ella asegurara que solo tenia veinte y ocho. Era la condesa Hostie, una mujercilla rubia, de mucho ta-

lento y de no escasos atractivos aunque de color subido cuando los polvos de arroz habian pasado á los lábios de sus amantes. Habia dejado á su marido, luego á su primer amante, despues al segundo y despues al tercero. Era, en fin, una mujer divorciada en toda la estension de la palabra.

Habia sido elegida presidenta por el voto unánime de todos los que iban á comer, á jugar y á meditar en su casa.

Las meditaciones no podian ser mas hermosas. Se meditaba la manera de defraudar millones. Cada uno de los convidados, así las mujeres como los hombres, aportaba á cada banquete una idea nueva para inquietar hasta al Banco de Francia.

Quizá no tenian fé en sí; pero tenian fé en los otros. Los convidados no eran ciertamente unos cualquiera. Entre los banqueros que hoy dia aun se mantienen en pié, uno de los mas célebres frecuentaba aquella casa. Ya se comprenderá que el vizconde de Miravault no faltaba á ella: era el mas entusiasta y el mas obstinado.

Dos periodistas soltaban frases chispeantes como polvos de oro sobre aquellos gigantescos dibujos. Eran hombres de talento que allí no se mostraban escépticos y que decian como el filósofo: «Quién sabe?» Tenian su parte del pastel. Aportaban su crédito y sus periódicos, resueltos á imprimirlo todo sin la menor vergüenza; por mas que se tratase de construir un ferro-carril de Paris á la luna, cuyas acciones podia

comprar algun *padre de familia*. Tres frases horribles que han arruinado muchos padres de familia en estos últimos quince años.

Habia tambien allí dos futuros hombres de Estado: el uno que acababa de caer del poder con objeto de desempeñar otras funciones; el otro que leia todas las mañanas la *Gaceta*, creyendo despertar ministro, ó, por lo menos, subsecretario.

Las mujeres conocian ministros y embajadores. Que no debian aportar á la tertulia! Desgraciadamente la mas hermosa—mas hermosa que la *Fuente* de Ingres—estaba enamorada y no pensaba mas que en su amante. Era la virtud del amor.

Habia tambien dos príncipes mas ó menos romanos, pero príncipes reales y efectivos del siglo diez y nueve, que para su blason no deseaban mas que un escudo de oro.

Entre las mujeres, la célebre Aurelia ostentaba su estatura de amazona, su talento audaz y su continente extraño.

Octavio de Parisis era el convidado mas querido, porque era el menos creyente de la compañía. Aunque se le abriesen de par en par las puertas californianas, se le hiciesen tocar los placeres; pasearle por aquellas montañas de oro, Octavio se burlaba de todo. Y sin embargo, tenia allí amigos tan burlones como él, que no se burlaban por completo de aquellos hermosos sueños, de aquella febril region donde no se hablaba mas que de millones.

Nunca los titanes escalaron mejor el cielo; nunca Sísifo llevó á un punto mas elevado su peñasco; nunca las Danaides llenaron tanto su tonel; nunca se mataron tantos dragones bajo los manzanos de las Hespérides.

Ahora bien; la fortuna de casi todos aquellos tertulianos del lunes, comprendidas las mujeres, no hubiera sufragado los gastos de una comida á Gargantua. Eran gentes de talento, que vivian como príncipes, de los azares del día, edificando y reedificando sin cesar el castillo de la deuda pública. Los dos banqueros vivian de sus accionistas: los dos príncipes de su blason; los dos periodistas de sus palabras: otros del juego del azar, algunas mujeres del juego del amor; juego de alta banca en que no tenian necesidad de alargar su mano. La virtuosa Maria Leczinska no hubiese podido menos que esclamar para absolutas: «Me lo contareis todo!»

Pero no se hubiera absuelto así á los hombres, por lo menos á algunos. Singular perversidad del espíritu moderno! Uno de ellos, que habia nacido artista, ya pintor, ya músico, cruzaba la alta banca con el aire de buena fé de Benjamin Franklin y el burlesco espíritu de Quinola.

Quien no les há visto en su obra á esos tertulianos y tertulianas del lunes, perfilando su sombra en todas las avenidas modernas!

En ninguna época, despues de la Regencia se habia visto en Paris tanta locura por el oro. Este país,

donde la fortuna es del mas paciente ó del mas trabajador, era con frecuencia víctima de todos los golpes de mano. No era mas que una mujer perdida que se dá en cada esquina. Todos los días salian de ese gran lupanar, llamado la bolsa, instituciones de crédito, donde afluía el oro de los accionistas que hacian ricos á hombres que se quedaban pasmados de que la realidad sobrepujara así sus esperanzas.

Cuando digo que ningun tertuliano de la plaza de Vendome tenia dinero, me olvidaba de un jóven amigo del señor de Parisis que no conocia los peligros de la banca, ni los peligros de Aurelia, este otro templo tallado sobre el modelo antiguo.

Aurelia, marquesa de Faranges, era una de las mujeres mas natural, mas sencilla y mas naturalmente perversas. El demonio habia soplado en el seno de su nodriza; habia bebido el mal en sus pechos: habia tenido la idea del bien; pero el mal habia echado en ella tan fuertes raices, que se habia apoderado de ella con su ramage invasor y emponzóñado.

Yo la he visto cometer delitos del corazon con la mas adorable sonrisa. Encontraba bueno todo lo que es malo, como ciertas mujeres encuentran malo, todo lo que es bueno: engañar uno, dos, tres amantes, era el *abc* de su catecismo. No hablo de su marido, pues le tomó para adquirir un nombre y un título. Y aun sentia haberse dado tanta molestia, porque veía á algunas de sus amigas coger armas de condesa, sin ni

siquiera se tomasen la pena de leer los artículos del Código de Napoleón.

La señora de Faranges,—llamada por Octavio de Parisis la marquesa Danae,—era, por lo demás, de ilustre cuna; pero habia sido muy mal educada por una madre pródiga, célebre, en 1845, por una causa de adulterio.

Siendo la madre pródiga, la hija naturalmente se quedó sin dinero y he ahí porque, ante todo, tenia la pasión del oro.

No era hermosa; pero tenia ojos que mordian y labios voluptuosos; se enamoraba uno de ella, no viéndola, sino hablándola.

Aunque no fuese hermosa se podía decir que era un mónstruo bonito.

Hay mujeres que con una nariz rota, dientes sin orden, y perfil irregular, tienen seducciones estrañas. Se quiere huir de ellas á primera vista; pero os retienen á la fuerza como esos lugares salvajes donde se abren abismos.

Su amiga, la dueña de la casa, decia que no tenia nada suyo ni siquiera sus cabellos; los cuales pertenecian á alguna pobre jóven que prefirió vender sus rizos, antes que vender su hermosura.

Parisis estudiaba la señora de Faranges, como hubiera estudiado Mesalina. Nunca habia encontrado una mujer tan profundamente pervertida: habia hecho tabla rasa de todas las virtudes de su sexo, diciendo que era necesario viajar sin bagages. Por lo

demás, divertia á Octavio por su talento de rompe y rasga. No se burlaba del prójimo con el aristocrático gusto de Parisis; mas, hallaba frases típicas dignas de Saint Simon y de La Bruyere.

Era insaciable en su amor por el oro. Cuando se la reprochaba esta pasión, soltaba una gran carcajada y decia, poco mas ó menos:

—No quiero representar el papel de víctima: el amor no se sostiene de sacrificios: el hombre no ama á la mujer, sino en razon del dinero que la entrega. Si mi amante no me quiere mas que su dinero, es señal de que no me ama bastante.

Y hacia la prueba del amor, con Bareme en la mano, recordando sin cesar que las únicas mujeres que hoy en dia están en olor de santidad son Diana de Poitiers y la marquesa de Pompadour, las cuales removieron centenares de millones.

No habia podido domar á Octavio; pero en cambio Octavio no habia podido domarla. Se miraban riendo; pero habia entre los dos algo de esas bestias feroces que se enseñan los dientes.

—Id con tiento con Parisis! decia la señora de Faranges.

—Id con tiento con la marquesa Danae! decia Parisis á sus amigos.

El sentimental Saint-Aymour la galanteaba; quizá estaba verdaderamente enamorado; pues aquella señora llevaba alegremente sus treinta y seis años y guardaba aun ciertos reflejos de la belleza del dia-

blo. Cuando se la veía se experimentaban estrañas seducciones y se sentía no haberla conocido diez años antes.

Después de un sitio en forma, las puertas se abrieron de par en par y Saint-Aymour pudo entrar en su casa.

Todos los días se arrodillaba ante ella con un entusiasmo estéril.

—Digais lo que digais, exclamaba ella, no me inspirais confianza. Lo que menos me gusta, sabedlo bien, son las flores retóricas; solo las muñecas de quince años se pagan de ellas. Prefiero un ramo de diamantes á otro de rosas: prefiero el rumor del oro al de las palabras; prefiero un palurdo que haga las cosas bien á un gran señor que se detenga á la mitad del camino.

Saint-Aymour no la comprendía; redoblaba su elocuencia y juraba amarla siempre.

—Siempre! decía la marquesa: únicamente los que no aman son los que aman siempre.

Por fin cierta noche en que Saint-Aymour tardó en salir de su casa y después de haber tomado el té, ella se durmió, después de haber fingido que dormía. Para el jóven no se durmió, toda vez que la veló con el amor mas respetuoso.

Al siguiente día, por la mañana, cuando despertó, miró su amante, primero con aire de burla y en seguida con indignacion.

—Salid! caballero, salid! le dijo ella. No os per-

donaré nunca el que me hayais faltado de este modo!

Estas frases de la marquesa fueron repetidas y comentadas por todo el mundo.

XXV.

EL AMANTE DE DANAE.

Entre los jóvenes aturdidos que se glorificaban de ser amigos de Octavio porque habían cenado con él, había un noble de Poitou que había llegado á Paris el día en que llegaba á su mayor edad para comerse medio millon. La señora de Faranges le probó que con sus quinientos mil francos no había para cenar cien veces.

Hay en Paris mujeres que se apasionan por los mineros. La señora de Faranges prefería los jóvenes que habían llegado á su mayor edad.

Octavio echó un sermón á su compañero de club; pero como eran dos que le predicaban, el sermón de la señora de Faranges fué mejor escuchado.

Esta se había fijado en el señor Anatolio de Cormon, que deseaba empezar sus relaciones con ella en tanto que otros deseaban concluir las.

Era un joven hasta entonces aplicado, que iba á sufrir su último exámen en la escuela de Derecho, pero que tenía la irreparable desgracia de haber entrado en su mayor edad. Había perdido á su padre

hacia algunos años sin pensar en que le había dejado heredero de quinientos mil francos. Su madre le daba quinientos al mes; se consideraba harto rico y no era pródigo; vino el día en que llevaba á su madre algunos libros raros ó alguna cesta de flores.

No se podía caer mejor sobre la juventud de un joven, puesto que aquel no había dado aun nada al diablo.

Encontró á Aurelia en una de esas fiestas de medio mundo, donde algunos toman por dinero contante la falsa moneda del amor. Tenía ella ese gran aire de inocencia que engaña á los colegiales: se mostraba á un mismo tiempo ángel y demonio, paraíso é infierno, siendo así que no era mas que el purgatorio.

Aurelia le habló con una de esas voces ya vibrantes, ya voluptuosas, que hieren el corazón como lenguas de fuego.

Ya comprendereis si la amó antes de que la conociera. Pero no la conoció jamás y la amó siempre. El joven le suplicó que le concediera la gracia de ir al día siguiente á vivir una hora á sus piés.

—Por qué mañana si me amais? le preguntó ella.

El joven no comprendió: no podía figurarse que se cogiera así, tan de improviso, el tren de placer de la dicha.

—Esta noche, prosiguió ella; quereis pues, que me vaya sola? Temo los ladrones. No habeis visto ahora mismo furioso al príncipe, que ha cogido el

sombrero mirándonos y que se ha marchado con cierto aire de venganza? Y bien, yo también quiero vengarme. Vais á venir conmigo.

El señor de Cormon estuvo próximo á caer desmayado.

—Mañana por la mañana, añadió Aurelia, el príncipe vendrá á llamar á mi puerta; pero llamad, llamad, príncipe mio, que nadie os abrirá.

El señor de Cormon no habia asistido jamás á una fiesta semejante: se imaginó que robaba la señora de Faranges al príncipe.

Es tanto más gracioso, decia al siguiente día á Paris, cuanto ella me cree un pobre estudiante sin un sueldo.

—Pues bien; hazla creer que tu no tienes medio millon y que no eres mayor de edad: ya verás como te echará de su lado.

Para el señor de Cormon aquello fué una sucesion de encantos. La dorada puerta de la juventud se abria para él á dos batientes; todos los caminos estaban verdes, todos los bosques se hallaban poblados de pájaros; las espigas de oro reian sobre las mieses, los racimos de púrpura colgaban en las faldas de los montes. Parecíale que Paris, ciudad que hasta entonces habia sido para él muy formal, se convertia de pronto en el país de las inesperadas alegrías.

Estar enamorado! contar veinte y un años! Poseer quinientos mil francos é ignorar que á veces no duran más que un día! Poder enseñar orgullosamente

la querida á todo el mundo, porque la querida es una mujer á la moda, porque es algún tanto hermosa y de gran talento; entrar por la primera vez en casa los alquiladores de coches célebres, correr los vientos con caballos de Tattersall y de la calle de Ponthieu; ir al Bosque en victoria para fijar su dicha; comer locamente en la Casa de Oro; dormir por espacio de una hora en los palcos del proscenio de algún teatro; salir ruidosamente durante la función para entrar más ruidosamente aun en otro coliseo; cruzar el salón Mabilie; cenar, ó, mejor dicho, asesinar el apetito en el Café Inglés; entrar, en fin, como triunfador en el dormitorio de una mujer que se cotiza muy cara en la Bolsa del Amor; no es esto para hacer perder la cabeza á aquellos que no la tienen?

El señor de Cormon era uno de estos hombres. Esta vida pudo durar un año. No contaba los días, ni las semanas, ni los meses; se movia en un torbellino de oro, de azul, de púrpura y de fuego.

Se dignaba conceder que Dios habia hecho bien las cosas, pues no miraba ni por encima de él ni á sus piés: miraba en frente suyo y veia con embriaguez aquella hada que jugaba el juego del amor y que le hacia jugar los juegos de azar, pues en casa de la señora de Faranges se jugaba todas las noches.

Cierto día en que el señor de Cormon comia frente por frente de ella, dijo de repente:

—Oh! Dios mio: hoy son los días de mi madre. Hace un año que os amo: lo recordais?

—Sí, dijo ella. Es posible? Hé aquí ya un año que me arruino con vos.

El señor de Cormon miró á la señora de Faranges con alguna sorpresa.

—Cómo! os arruináis por mí!

—Pero quien lo duda, querido?

—Quereis esplicarme este enigma?

—Muy sencillo. Hace un año, ingrato, que yo te adoro y que no he vivido sino por tí. He cerrado mi puerta á mis amigos y he gastado una parte considerable de mi capital...

—Tu capital?

—Cuando me conociste yo tenia veinte y nueve años: ahora tengo treinta, es decir, que te he sacrificado el último año de mi verdadera juventud.

—Comprendo, dijo el mancebo, inclinando al pecho su cabeza. Pero tú crees, acaso, que yo me he enriquecido?

—Lo ignoro, dijo la señora de Faranges.

—Pues ya que estamos en el terreno de las confesiones, te diré que mi notario me ha hoy advertido que de mi patrimonio no me quedaban mas que unos cien mil francos y aun en créditos que no se cobrarán fácilmente; para tocar su importe seria necesario que yo me dejase perder la mitad.

—Tú me sorprendes, mi querido Anatolio; pero como te lo arreglas para gastar tanto?

El jóven miró á su querida como para asegurarse de que no se burlaba.

—Tambien te lo pregunto yo.

—En verdad, amigo mio, cualquiera diria que me diste á guardar tu dinero.

—Ay! se ha deslizado así en mis manos como en las tuyas.

—En mis manos, dices? Vaya una cosa graciosa. Hablemos con franqueza: tú no me has dado nunca nada.

—Hablemos con franqueza! repitió Anatolio. Es verdad que no te di nada; pero jugué en tu casa.

—Harto sabes que perdí siempre. En verdad, querido, que hoy estás original.

—Te pido mil perdones, Aurelia; pero yo me figuraba que lo que yo perdía por un lado tú lo ganabas por otro. Pero yo no me he fijado; te amaba demasiado para ello. Y tendió su mano á Aurelia.

—Hé ahí lo que son los hombres! dijo ésta pidiendo vino de Constanza. En su vanidad se dan el lujo de tener queridas y caballos, juegan, van á Monaco, á Trouville, á Baden; viven á lo Sardanápalo; y despues, cuando han tirado el dinero por la ventana, sin pedir consejo á las que les aman, ay! dicen con acento indignado: «Esta tuna me ha arruinado!» Pero esta tuna se ha arruinado cual ellos: ellos han pasado alegremente un año de su vida, y su querida ha perdido trescientos sesenta y cinco dias. En una palabra, Anatolio: creéis que he comprado papel del Estado con las monedas de cien sueldos que me disteis para hacer limosna á los pobres?

—Lo que tú dices es cierto, mi querida Aurelia. Te he regalado caballos, joyas, vestidos; pero que queda hoy de todo esto? Hemos vivido un año y hélo ahí todo. Cuan egoista se es aunque se esté enamorado! Nunca te he preguntado una sola vez si necesitabas dinero.

El señor de Cormon no se burlaba del todo: creía en Aurelia como se cree en Dios.

Habiéndose puesto silencioso, su querida le pasó unas fresas, preguntándole en que pensaba.

—Tengo una inspiracion.

—Qué inspiracion?

—Es mi secreto.

Por mas que Aurelia instó, el jóven no quiso hablar.

La dejó mas pronto que de costumbre, diciéndola que iba á llevar un ramillete á su madre.

Oh! los buenos hijos! El señor de Cormon no habia salido para ir á casa de su madre, sino que habia salido para ir á casa de su notario.

No le halló en su despacho y le fué indispensable ir á la Opera.

—Esta noche, á las doce, os esperaré en vuestra casa: he jugado y estoy deshonrado si no pago antes de mañana.

—Os vaticiné lo que sucede, le dijo el notario, sin perder una sola vibracion de oro y de luz de la señorita Saxe, pues el notario habia pagado su palco.

—Teneis razon, dijo el señor de Cormon; pero que

es un puñado de oro cuando el honor está en peligro? Mi resolucion está tomada: conozco á Mr. de Lesseps: mañana partiré al istmo de Suez.

—Oh! si hubieseis partido hace un año! observó el depositario de la fé pública. En fin, esto no me concierne. No hagais falta en mi casa á las doce: no tengo dinero contante vuestro; pero tengo alguno de vuestra señora madre. A grandes males, grandes remedios.

La señora de Faranges tenia un dormitorio cuyas ventanas se abrian al oriente, de forma que todas las mañanas el sol era el primer amigo que iba á saludarla; por mas que se cerrasen las ventanillas y se tirasen las cortinas, el sol siempre llegaba con sus rayos á la almohada de la marquesa.

Ahora bien; al siguiente dia de aquel en que vimos los dos amantes á punto de pasar por una crisis, el primer rayo de sol que penetró en el dormitorio de la señora de Faranges iluminó una escena que merece ser transcrita á nuestros nietos.

El señor de Cormon, tenia como el sol, la costumbre de ir á casa Aurelia por la mañana; no pasaba por la ventana, mas, poseia una llavecita dorada. Entraba casi siempre silenciosamente y no despertaba á Aurelia, sino cuando ésta queria despertarse por sí sola.

Eran las diez cuando en aquel dia, entró en su dormitorio con un saco de viaje, que le costó mucho el arrastrar hasta allí.

La marquesa dormía casi siempre hasta las doce, por lo cual tuvo el tiempo suficiente para disponer como verdadero artista su golpe de teatro.

Abrió su saco de viaje y sacó de él, con febril mano, cincuenta puñados de oro, que esparció blandamente sobre la batista de la cama.

Iba á cantarse la epopeya del oro.

Habia de todos los oros, de todos los colores, de todas las efigies, de todas las épocas. No habia un cambista al cual el jóven no hubiese pedido sus curiosidades.

Eran monedas de todos los valores y de todos los paises, de todos modelos y tamaños: luises con reflejos verdosos del primer Consul, de Luis XVIII y de Carlos X; luises completamente nuevos, de color algo cobrizo; grandes monedas de cien francos americanas de cabeza antigua, y con las trece estrellas; gruesas medallas otomanas con signos cabalísticos; manejables piezas de cinco francos y enormes monedas de cincuenta; piezas brillantes, con las letras bien marcadas, el cordon bien conservado y los bustos acusados y monedas viejas de relieves usados, cordones casi borrados y sin que el cuño apareciese; guineas, en fin, de Inglaterra, federicos de Prusia, augustos de Sajonia, aguilas y dolares de América, pesos de España, rupias de Holanda, dobles ducados de Austria, rublos de Rusia, zequies de Turquía, napoleones de Francia, abasies de Persia y pagodas del Mogol.

Oh! aquello ofrecia un hermoso espectáculo.

Era un espectáculo tanto mas hermoso, cuanto el sol, invitado á la fiesta, sol naturalmente curioso, galante é indiscreto, esparcia su bella y luminosa risa, sobre aquella ola de oro.

Anatolio no pensaba, conforme su costumbre, tomar su parte en el sueño matinal de Aurelia; así, pues, se sentó en la sombra, y espío en ella el despertar de su querida.

De pronto, ésta hizo un movimiento: el corazon del jóven palpité con fuerza.

Aurelia se dignó abrir sus párpados. Aquello fué para ella, como un sueño. Volvió á cerrar sus ojos y quiso volver á dormirse para no interrumpir aquel bello sueño dorado. Mas el oro la atraia. Volvió á abrir sus ojos, y sintió su corazon fundirse, bien como si un celeste rocío hubiera caido sobre ella.

—Es imposible, dijo, echando hácia atras su cabellera.

Sacó del lecho sus brazos, sus brazos finos y flexibles, cubiertos apenas con una manga de tres dedos de largo, comprendiendo en esto las blondas.

En seguida tocó el oro con sus hermosas manos.

No fué esto bastante

Sumergió en él sus brazos, con una voluptuosidad inefable. Tampoco fué bastante.

Se inclinó sobre las monedas, cayó sobre ellas, casi desmayada, besando en sus lábios aquellas frias y brillantes efigies.

Oh! que espectáculo tan horrible y tan hermoso!
Entónces fué bastante: habia quedado aletargada.

Se levantó, blanca como sus sábanas, para volver á caer embriagada y moribunda sobre su almohada, sin ni siquiera ver que estaba allí su amante.

Y este, orgulloso con lo que habia hecho, quiso abrazarla para decirle adios.

—Pobre jóven! Ella habia agotado todo su amor, sumergiéndose en aquel oro! Solo le quedó fuerza para decirle:

—Ah! eres tú? Vete; pues estoy muerta. Déjame dormir!

Anatolio lo comprendió todo.

No la abrazó y salió.

XXVI.

EL DESPERTAR DE DANAE.

El despertar de Danae fué rudo. El Sr. de Cormon se paseaba tristemente frente al palacio de la diosa, mirando las ventanas, como para dirigirla un adios eterno. No podia emanciparse á aquella atmósfera envenenada; el desdichado jóven, no podia vencer aquel amor que todo lo habia matado en él, hasta su madre.

Monjoyeux cruzó por allí. Sin duda se habia olvidado de entrar en su casa. El señor de Cormon le cogió del brazo, y le abrió su corazon.

Monjoyeux quedó indignado. Rehacia por la octava vez, la sátira de Juvenal cuando, á su vez Octavio pasó tambien por allí. Parisis, á no dudarle se habia olvidado así mismo de entrar en su casa.

El señor de Cormon, dijo con gran dulzura que iba á partir al istmo de Suez, donde ganaria tres mil francos al año, ó bien se haria zuavo pontificio, sin que dirigiese una sola maldición á la señora de Faranges.

—Suceda lo que suceda, yo no quisiera ser rico,